

La perra y la piedra

Salamanca, verano del setenta y nueve

Salamanca, verano del setenta y nueve Antoñito tiene siete años y ha sido obligado a pasar un verano en casa de sus abuelos maternos.

Ustedes lector@s inteligentes se preguntarán que tipo de obligación es esa de tener que pasar un verano en un lugar bello, con nombre de cabra y peluquería en compañía de tus abuelos. Un pueblito pegado a la capital con prados, naturaleza extensa, granjas, bacas y un riachuelo que pasaba justo frente a la casa solo cruzando una calle de arenilla de esas que pasan más mulas y burros que autos.

El caso es que Antoñito, nuestro Sisifo canino del que me ocupo hoy, no se sentía agusto en compañía de sus abuelos maternos. Una familia numerosa de nueve hermanos y algo peleona. Con una abuela sumisa y un abuelo de rigidez y militancia extrema que regalaba cachetazos como respiraciones asistidas. Un abuelo al que Antoñito temía y a la vez provocaba.

Hay cosas que cambian de forma pero no de esencia, menos de presencia. Antoñito, no más Antoñito hoy sigue la senda de la provocación y sus palabras, como la vida misma son palabras contrarias y a veces contradictorias, un aspecto que incomoda como una hormiga en la entrepierna. Así que vayamos por faena y veremos qué le sucedió a un Antoñito de nueve años en ese verano salmantino en la etapa española postmorten. Si ustedes repasan la historia, quien

ya tenga una edad que supere los cincuenta, podrán deducir a que me refiero cuando escribo postmortem.

Tula, a la que llamaremos así hoy era una perra preñada, hija de varias razas de perros pastores, de color canela y azabache que olía siempre a romero. Antoñito era un niño inquieto, suma-mente callado, amante de todo bicho viviente, incluso de las piedras. De manera especial con los pájaros y los perros, con quienes guardaba una estrella, una estrecha y extraña y, según opiniones familiares, bastante amariconada relación de con-vivencia y con-versa.

A menudo se perdía entre los árboles. En otras ocasiones, marchaba sin fin como si fuera su querida madre, en compañía de Tula, su amiga inseparable del alma de ese verano que a priori pintaba horrible, que así tenía que ser, que así parecía no serlo por momentos, y que, a la postre así fue. La perra caminaba casi a dos patas y el muchacho casi casi a cuatro.

Razón de más; La furiosidad del hombre, la supremacía del macho, el disparo de los darwinianos y las biblias que ensuciaron a nuestro sentido común, como si de una balleta se tratará. Los corazones mentales y maniqueos de las sociedades europeas se ocuparon de lo que hoy les comparto. Imagínense todo el daño que causó ello en las mentes sociales y primitivas que sobrevivían en un país que vivió, tras y detrás de una guerra civil brutal y una dictadura de record guiness. Que precedió una transacción política que dejó el odio, el rencor y machirulismo campar a sus anchas y a sus largas. Quien recibió palos en la escuela ya sabe de los que hablo.

Cuando Antoñito despertaba, se estiraba mientras corría silenciosamente como una lagartija a abrir el pestillo de la puerta de la casa e sus abuelos, para comprobar que Tula estaban ya esperándolo estirada perrunamente en la acerrilla, bajo el tilo. Yo me pregunto si la Tula se había movido de allí en toda la noche. Aunque tenía casa, dueño y dueña, estos, al parecer no le daban lo que Antoñino si le daba. Este detalle, mejor que yo se lo cuente, pregúnten a la Tula. A esa Tula de esos NIÑ@S que aún atesoran en ustedes mismos, sino no serían los mism@s.

Cuando Antoñito veía a Tula estirada frente a la puerta con la sonrisa de una recompensa tras la espera, se hechaba junto a la perra. Está automáticamente, me quiero supener que para evitar al chaval una cachetada mañanera debido a un comportamiento, digamos, para todavía esas épocas de caspa y petate militar, y algún viva Franco que otro, más de los necesarios, era un comportamiento inmoral, amariconado, que denotaba una falta de modales que, lo vamos a llamar, "MAYORITUD" y decencia indignas del comportamiento de un niño o un adulto, pero pregúntenle a un niño si sabe mucho de esa "MAYORITUD".

Lo primero que hacían era irse al llano verde que había tras la casa, donde Antoñino se tomaba prestados de la naturaleza unos grillos que devolvía a la madre antes de regresar a casa para tomarse el desayuno tras la llamada de su abuela Carmen, esa bendita mujer, esa mujer distante y desconocida que Antoñito aprendió a soñarla más que a vivirla. Cosas de la mitología.

Esa mañana de Agosto, un mes que según el poeta maldito Charles Baudelaire apesta a muerte y descomposición, olía a café, pan tostado y papas pochandose en la enorme sartén donde la abuela Carmen preparaba su inolvidable tortilla de patatas en un proceso a fuego lento que duraba varias horas y que requería de un arte que hoy en día ya no tiene cabida en el tiempo.

La abuela Carmen tenía un don para la cocina, y más para la repostería. Huelan esas magdalenas caserasnde un cuarto de quilo que ella hacía. Parece, bueno no parece, lo es, que las estoy oliendo ahorita mismo mientras les escribo estás palabras, que rico!. Esa mañana de relente tozudo se veía algunas mujeres pasar por la calle de arena con sus capazos llenos de ropa dirigirse al río donde lavaban mientras cantaban esas canciones castellanas tradicionales que a Antoñito tanto le tatuaron los adentros.

Tula había marchado, como de costumbre para hacer sus cosas perrunas y atender las ordenes de sus amos. Tras el desayuno Antoñito se sienta con su tío Paco en el quiz de la puerta con unos mendrugos de pan y un poco de alpiste que le daban con paciencia de buda, si es que buda tenía esa paciencia, a los pajarillos que anidaban en el árbol. Los granjeros pasaban frente a ellos con sus carros y sus mulas, con sus alforjas y sus celtas sin boquilla pintando el escarchado matiz de sus caras. Un saludo pa qui otro pa'ya, un dicho mal dicho, un verso de Góngora con faltas de ortografía, que más da cuando la dicha es buena, un piropo a la vida y un deseo corriendo entre los vientos, que más que mucho da cuando la dicha es buena.

No pasó mucho tiempo que comenzaron a escucharse unos gritos procedentes de las mujeres que lavaban la colada en la vera del río Tormes. Menos tiempo pasó aún de verse a esas mujeres correr con media colada bajo las axilas y el resto arrastrándose por los guijarros, rojas de cara y de sangre, espantando el espanto y anunciando el esperpento. No caló Antoñito en la presencia de Tula. Una Tula con el rabo entre las piernas, pegadándose a las paredes encaladas de las casas, dirigirse a dónde estaba el niño. Más si vio la escena de caza que se le extendía frente a sus ojos de gesto perdido.

Recuerdan ustedes esa escena de la serie "el hombre y la tierra" dedicada al lobo, donde los hombres del pueblo iban a dar caza a éste mientras gritaban: - al lobo al lobo. Pues esa era la escena que Antoñito estaba viviendo y que reviviría con el capítulo del lobo y en muchos capítulos de su vida. Varios hombres del pueblo armados con sus escopetas de cartucho se abrían paso entre las espantadas y espantosas lavanderas, apuntando con sus armas a lo que Antoñito pensó que era a él mismo.

Antoñito vivía en un recurrente sentimiento de culpa y de tener que pedir perdón por esto o aquello que había hecho en sus soledades silenciosas, en sus escarceos por los campos y las cuadras, y por su apetito de venganza heroica. Guardaba secretos como el quien guarda un pecado capital bajo las alfombras de la jaula de la memoria. Tío Paco iba al encuentro de los hombres armados. Estos lo tiraron del medio sin más recuento y apuntando a lo que Antoñito creía que era a él mismo, daban pasos de escena de suspense. Lo que el niño no vio,

ya cuando era tarde, fue a la Tula escondida tras la esquinada de la casa, resoplando como un buey, de susto, de saber, de certidumbre de madre, de ser.

Las manos recias del abuelo tomaron en volandas de la cintura al niño y lo tiraron para dentro. Él, confundido quiso ver lo que pasaba, no lo sabía pero intuía algo, quizás ese mortal para siempre, ese dolor que pincha y nos lija los dientes, enterrandonos en lugares de donde se puede salir pero que, en contadas ocasiones, encontramos la salida, a veces si, pero ya cuando es demasiado tarde o algo después, después de la perdida.

Quiso salir de nuevo el crío que ya llamaba a la perra Tula desde sus temores. Se cerraron persianas, puertas y pestillos. El abuelo metió a Antoñito en el dormitorio y marchó a tomar su escopeta para participar en la ejecución. Rabia, rabia, escuchaba el crío y la cría en una oscura habitación de verano salmantino cerrada a cal y canto. Pero atinó a dar con la ventana guiado por una lengua de un rayo solar. Levantó la persianilla con cuidado para ver qué la Tula encogida en sus pieles esperaba ya el desenlace.

Rabia, rabia, la rabia se escuchó por última vez antes de un silencio que dura hasta hoy. Tula miro al niño, el niño la miró a ella cuando se escucharon los disparos. En ese callar tatuado en el tiempo que no se mueve vio Antoñito morir su amiga Tula, quien miró entre tristeza y sonrisa al niño que intentaba romper las rejas y que no rompía más que el silencio con sus gritos y su nombre.

Todo acabó sin haber empezado. Y me refiero sin haber empezado, o más bien terminado, por la siempre y muy española razón de la tiña del odio y el desquite. Esa fue la razón que hizo ver al niño ese mundo de "adultez" ese mundo de hombres y ratones, a esos campos de batalla, a esas tercas mulas tirar del arado de las leyes bíblicas. Esa fue la razón por la que Antoñito se emperro de por vida, unas veces con acierto otras muchas con erratas, las que más.

Porque el desquite te quita, nos quita del medio, o eso creemos, de la vida misma, de la asociación de la niñez con la adultez y la MADRE. Nos quita del medio de nosotr@s mism@s, de lo que somos sin pensarlo, en una deriva natural, biológicamente consciente y latente. Porque el dolor es la piedra de Sisifo, la piedra de Tula, la piedra del resarcimiento y del odio mortal. Un odio mortal con el que Antoñito, nuestro personaje de hoy quiso venga en las gentes de ese pueblo salmantino, de todas sus gentes, empujando la gran piedra que daba la bienvenida al lugar, emperador y empujado hasta dar con ella en el río, para que la obstrucción que esto crearía inundara todo el pueblo, sumiendo a sus habitantes en una muerte bíblica de un hombre-dios vengador inexistente más que en lo humano demasiado humano.

Así es la VIDA. pero hay INFINIDAD de VIDAS más. ¿Qué queremos hacer con ellas? ¿Las vivimos o las desvivimos?. Lo que sucedió en el resto de los días de ese Antoñito Sisifo canino, lo cual no tiene desperdicio ni vicio, les será contado en capítulos venideros. Disculpen sin culpa el relato de esta historia de la España profunda. Pero lo que pide y puede, salir hay que darle suelta.

Antón K. — antonkaegikah.com